



## ÍNDICE

Prólogo .....	5
I. MANIFIESTOS	
Prospecto .....	9
Introducción .....	11
Prospecto .....	14
Introducción que puede servir de pros-peto .....	15
Aviso .....	16
Programa .....	18
Ultruísmo .....	22
Manifiesto.....	28
La Ballesta Magnífica .....	32
Una cuestión de tono .....	33
Agua viva .....	37
Esto queremos .....	39
Editorial .....	40
Testigo .....	41
II. TESTIMONIOS	
Sobre la libertad de escribir .....	45
De las corridas de toros ( <i>El Censor</i> ) .....	47
Disertación apologética contra los que opinan que mis periódicos son libelos infamatorios ( <i>Despertador Teo-Filantrópico, Místico-Polít- ico</i> ) .....	49
Azul ( <i>La Nueva Revista</i> ) .....	54
A Jorge Luis Borges y Brandán Caraffa ( <i>Capri- cornio</i> ) .....	59
Carta a Güiraldes y a Brandán Caraffa en una muerte (ya resucitada) de <i>Proa</i> ( <i>Proa</i> ) ....	63
<i>Martín Fierro</i> y yo ( <i>Martín Fierro</i> ) .....	64
propósito de ciertas críticas ( <i>Martín Fierro</i> ) .....	67
Izquierda y vanguardia literaria ( <i>Los Pensa- dores</i> ) .....	71
Discurso sobre Jorge Luis Borges ( <i>Megáfono</i> ) .....	75
Discusiones con Borges ( <i>Letras</i> ) .....	77
Suplemento polémico ( <i>Poesía</i> ).....	87
Epístola a los surrealistas ( <i>Capricornio</i> ) .....	93
Respuesta a Osiris Troiani ( <i>Capricornio</i> ) .....	100
III. PAGINAS OLVIDADAS	
Elogio a las porteñas ( <i>Telégrafo Mercantil</i> ) .....	111
Satirilla festiva ( <i>Telégrafo Mercantil</i> ) .....	114
Polémica en verso ( <i>El Americano</i> ) .....	115

Señor editor del <i>Imparcial</i> ( <i>Despertador Teo- Filantrópico, Místico-Político</i> ) .....	118
Importancia del trabajo intelectual ( <i>La Moda</i> ) .....	122
Prosa del trato entre el imprentero y yo ( <i>Ani- ceto el gallo</i> ) .....	124
La fiesta del proletariado ( <i>La Montaña</i> ) .....	130
Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires ( <i>Tribuna Libre</i> ) .....	132
Leopoldo Lugones ( <i>Valoraciones</i> ) .....	135
Carta abierta de Juan Manuel de Rosas a Jorge Luis Borges ( <i>Revista de América</i> ) .....	141
Algunos comentarios elogiosos que mereció el primer número de <i>Extrema Izquierda</i> ( <i>Ex- trema Izquierda</i> ) .....	141

ber. En Italia aparece en el carnaval la música de baile para el común de todo el año. Que sea bella y no mucha la música es lo que importa. Pero la obligación periódica nos pone en la necesidad de publicar muchas cosas que no son bellas; porque la belleza en esto como en todo, nunca anda de sobra. Más esmerados seremos en la elección cuanto menos frecuentes seamos en el número. Sobre todo, es una alteración insignificante para un público que busca de buena fe una instrucción más seria y más útil.

Que las niñas, que los jóvenes, que las Señoras, que las personas todas de mundo nos lean con frecuencia, y el día menos pensado se verán con la inteligencia de las ideas y las hábitos más propias de este siglo: es todo nuestro intento: instruir instruyéndonos nosotros mismos, los unos leyendo los otros escribiendo: de todos es el deber: los lectores no están menos obligados a llenarle que nosotros. No se trata sino de una obra patriótica en que los lectores pagan la imprenta, y los escritores la redacción: el trabajo es común, la utilidad toda de la patria.

Si el patriotismo de los que leen corresponde al de los que escriben, la *Moda* irá en aumento de día en día, sin que el precio sufra alteración jamás. Si el desprendimiento de unos y otros no se rinde, como por desgracia tiene de costumbre, la *Moda* concluirá por ser un papel popular, una enciclopedia que el pueblo pueda leer a costa de un pequeñísimo precio: son todos sus designios.

Buenos-Aires, marzo 17 de 1838

(Juan Bautista Alberdi)

## PROGRAMA

(*Revista Científica y Literaria*, tomo I, núm. 1)

Muchas han sido las tentativas que entre nosotros se han hecho para fundar periódicos ó revistas que á la vez reflejen y estimulen nuestra vida intelectual en las ciencias y en las artes; pero el resultado poco satisfactorio alcanzado hasta hoy por la

mayor parte de ellas, ha hecho nacer una desconfianza tal á su respecto, que el anuncio de un nuevo ensayo en este sentido, provoca acto continuo en gran número de personas una sonrisa de incredulidad. Ahora bien, ¿cuáles son las principales causas de la vida enfermiza y corta á que por lo general está destinada esta clase de publicaciones, y cuáles los medios más eficaces para triunfar de una condenación tan triste y desconsoladora? Hé ahí la cuestión que naturalmente se ofrece á nuestro espíritu, al fundar, con serios propósitos, una nueva Revista de ciencias y literatura.

Dos son, á nuestro juicio, las causas fundamentales de la esterilidad de tales esfuerzos: la indiferencia del público y la falta de severidad y acierto en la elección de los materiales que ordinariamente se le ofrecen. Estas dos causas están ligadas entre sí, pues si nuestro público es, por las circunstancias especiales en que se encuentra, poco afecto á este género de publicaciones, el poco tino en la dirección de ellas es el medio más eficaz para acrecentar su desvío.

Hemos dicho que á las circunstancias especiales de nuestro actual desenvolvimiento se debe nuestra indiferencia en materias literarias. En efecto, preocupados como estamos, casi exclusivamente, de los adelantos materiales (malamente llamados positivos, como si los intelectuales no lo fuesen también, y en mayor grado), no hemos llegado todavía al grado de cultura indispensable para que se despierte en nosotros el aprecio puro y desinteresado de lo que en sí no lleva un provecho inmediato, material y palpable. De aquí que sea más fácil la vida de las revistas científicas que la de las puramente literarias, pues á las primeras ligamos todavía la idea de utilidad, en tanto que en las segundas sólo vemos un frívolo pasatiempo. Cuán inconsistente y vana sea esta opinión, no hay necesidad de demostrarlo. Honor es para el Arte que mientras de él se burlan la necedad ó la ignorancia, los más grandes pensadores, los filósofos más graves y profundos compitan en ensalzarlo y glorificarlo. Así, Aristóteles y Hegel, antiguo el uno, moderno el otro, y ambos, ingenios de los más excelsos que la humanidad ha producido, atribuyen al Arte, por su universalidad, más importancia que á la Historia. Pero es fuerza convenir en que para nada es menester mayor elevación de espíritu, más exquisita cultura, que

para la contemplación y goce de lo bello, respecto del cual, todo el amor, todo el entusiasmo es puro y desinteresado, sin mezcla de alicientes mezquinos y pasajeros.

Es, pues, de todo punto necesario estimular nuestro gusto literario, no con tantas y tantas frívolas lucubraciones, á que inconscientemente se da el nombre de obras artísticas ó literarias, y que sólo sirven para infundir el desprecio de ellas á los que no son aptos para distinguir el oro del oropel; sino con finos y bien aderezados manjares.

Pero ¿ha sido siempre la poco atinada dirección la que ha malogrado los esfuerzos hechos para sostener entre nosotros revistas literarias? De ningún modo. Las ha habido dirigidas por personas competentes y dignas del mayor encomio. El error ha estado principalmente, á nuestro entender, en el sistema observado, es decir, en el prurito y empeño de alimentar estos periódicos con producciones del país.

No somos ni podemos ser por ahora una nación productora, por lo que á las diversas manifestaciones del pensamiento concierne. No podemos dar todavía nuestra palabra al mundo, ni en las ciencias, ni en las artes. No hay entre nosotros carreras literarias ó científicas propiamente dichas. Nuestra instrucción es a todas luces inconsistente, desordenada y poco seria. Nuestra erudición raras veces es de primera mano, por manera que, el conocimiento que tenemos de una cosa determinada, no nos llega directamente de ella misma, sino á través de agenas y diversas inteligencias. De ahí que la producción nacional, tomada en conjunto, ofrezca un marcado carácter de superficialidad é imitación. Nuestros más reputados escritores, continuamente distraídos por la balumba de la política, que todo lo absorbe, gastando y esterilizando tantas fuerzas brillantes, escriben poco y como á ratos perdidos entre sus múltiples ocupaciones. Su producción, pues, en lo que tiene de literaria ó científica, no basta para nutrir revistas de aparición frecuente. De esto ha proveído la necesidad de echar mano de las medianías, por lo general tristemente fecundas, y de rebajar el nivel de tales periódicos con lucubraciones insustanciales y huera. El público, entonces, justamente fastidiado, prefiere atenerse á las revistas europeas, que le ofrecen un material sólido y abundante.

Nosotros, aleccionados con la observación de tan tristes resultados, hemos pensado en dar un giro

nuevo á nuestra Revista, haciéndola digna en un todo de los que no quieren perder el tiempo en endebles lecturas. Hemos creído que, pues estamos en una época de *asimilación*, lo más oportuno y fructuoso es, aplicando un criterio á la vez amplio y severo á la producción europea, nutrir principalmente con ella nuestra Revista, y ofrecer á nuestros lectores una selección esmerada de lo más sólido, sano y maduro que en Europa y en los Estados Unidos de América se produce en ciencias y literatura, por medio de traducciones exactas y castizas. No impedirá esto que de vez en cuando engalanemos nuestras columnas con producciones nacionales, para lo cual contamos con la valiosa cooperación de los más eminentes escritores argentinos. Trataremos, además de estrechar nuestras relaciones con las repúblicas sud-americanas, por medio de corresponsales, satisfaciendo así una necesidad desde hace tiempo sentida.

Unimos en nuestra Revista las ciencias á la literatura, á fin de ponerla en concordancia con la índole y gustos de la época presente, y hacerla más interesante y amena á mayor número de lectores. Cuidaremos, sin embargo, de que la parte de ciencias esté limpia en lo posible del árido tecnicismo, sólo accesible a los pocos que se dedican a ellas, sin dar por eso en la frivolidad y charlatanería científica.

Desde nuestro próximo número abriremos una sección de Bibliografía, destinada a reflejar el movimiento de la producción intelectual, así en nuestro país como en Europa. En esta sección se dará también un juicio imparcial y severo de las obras científicas y literarias que entre nosotros se publiquen, sin perjuicio de tratar de ellas más *in extenso* en el cuerpo de la Revista, cuando sus condiciones lo requieran.

No terminaremos estas líneas sin declarar categóricamente que no admitiremos, bajo ningún pretexto, nada que á nuestro juicio no esté bien pensado y bien escrito, aun cuando para ello necesitemos herir quisquillosas susceptibilidades. Tenemos aversión profunda a la vana palabrería, a la frase, si quiera sea armoniosa y correcta, que no encierra en sí la médula del pensamiento; pero tampoco estimamos en mucho la idea, aunque sólida y verdadera, que no acierta a manifestarse exteriormente de una manera límpida, animada y artística. Buffon lo ha dicho: sólo las obras bien escritas pasarán a la pos-

teridad. Así, si nos equivocamos en la elección de materiales, será por error de buena fe, a que todos estamos expuestos, pero no por descuidos o condescendencias culpables.

Quedan enunciados nuestros propósitos: y al terminar afirmando que ellos serán cumplidos con tesón y firmeza, nos es grato enviar nuestro afectuoso saludo a la prensa toda de la República.

(Calixto Oyuela)

La Revista *Científica y Literaria*, dirigida por Calixto Oyuela, se publicó desde agosto de 1883 hasta marzo de 1884. El "Programa" apareció en el número uno, y su director no se apartó en momento alguno de los principios allí enunciados. Pudo reunir, de esa manera, depurados textos de Sarmiento, Guillermo Rawson, Mitre, Andrés Lamas, Nicolás Avellaneda, Carlos Spano y Rafael Obligado, entre muchos otros.

## ULTRAÍSMO

Antes de comenzar la explicación de la novísima estética, conviene desentrañar la hechura del rubenianismo y anecdotismo vigentes, que los poetas ultraístas nos proponemos llevar de calles y abolir. Y no hablo del clasicismo, pues el concepto que de la lírica tuvieron la mayoría de los clásicos —esto es, la urdidura de narraciones versificadas y embanderadas de imágenes, o el sonoro desarrollo dialéctico de cualquier intención estética o jactancioso rendimiento amatorio— no campea hoy en parte alguna. En lo que al rubenianismo atañe, puedo señalar desde ya un hecho significativo. Los iniciales compañeros de gesta de Rubén van despojando su labor de las habituales topificaciones que signan esa tendencia, y realizando aisladamente obras desemejantes.

Juan Ramón Jiménez propende así a una suerte de psicologismo confesional y abreviado; Valle Inclán gesticula su incredulidad en versos pirueteros; Lugones se olvida de Laforgue y las metáforas formales para encaminarse a los paisajes sumisos; Pé-

rez de Ayala ensancha en su prosa recia y palpable la tradición de Quevedo, y el cantor de La Tierra de Albargonzález se ha encastillado en un severo silencio. Ante esa divergencia actual de los comenzadores, cabe empalmar una expresión de Torres Villarroel y decir que considerado como cosa viviente, capaz de forjar belleza nueva o de espolear entusiasmos, el rubenianismo se halla a las once y tres cuartos de su vida, con las pruebas terminadas para esqueleto.

Esto lo afirmo, pese a la numerosidad de monederos falsos del arte que nos imponen aún las oxidadas figuras mitológicas y los desdibujados y lejanos epítetos que prodigara Darío en muchos de sus poemas. La belleza rubeniana es ya una cosa madurada y colmada, semejante a la belleza de un lienzo antiguo, cumplida y eficaz en la limitación de sus métodos y en nuestra aquiescencia al dejarnos herir por sus previstos recursos; pero por eso mismo, es una cosa acabada, concluida, anonadada. Ya sabemos que manejando palabras crepusculares, apuntaciones de colores y evocaciones versallescas o helénicas, se logran determinados efectos, y es porfía desatinada e inútil seguir haciendo eternamente la prueba.

Por cierto, muchos poetas jóvenes que aseméjense inicialmente a los ultraístas en su tedio común ante la cerrazón rubeniana, han hecho bando aparte, intentando rejuvenecer la lírica mediante las anécdotas rimadas y el desaliño experto. Me refiero a los sencillistas que tienden a buscar poesía en lo común y corriente, y a tachar de su vocabulario toda palabra prestigiosa. Pero estos se equivocan también. Desplazar el lenguaje cotidiano hacia la literatura es un error. Sabido es que en la conversación hilvanamos de cualquier modo los vocablos y distribuimos los guarismos verbales con generosa vaguedad... El miedo a la retórica —miedo justificado y legítimo— empuja los sencillistas a otra clase de retórica vergonzante, tan postiza y deliberada como la jerigonza académica, o las palabrejas en lunfardo que se desparraman por cualquier obra nacional, para crear el ambiente. Además, hay otro error más grave en su estética. Ni la escritura apresurada y jadeante de algunas fragmentarias percepciones ni los gironcillos autobiográficos arrancados a la totalidad de los estados de conciencia y malamente copiados, merecen ser poesía. Con esa vo-

luntad logrera de aprovechar el menor ápice vital, con esa comezón continua de encuadernar el universo y encajonarlo en una estantería, sólo se llega a un sempiterno espionaje del alma propia, que tal vez resquebraja e histrioniza al hombre que lo ejerce.

¿Qué hacer entonces? El prestigio literario está en baja; los intelectuales temen que los socialíen con palabras bonitas e inhiben su emotividad ante el menor alarde oratorio; las enumeraciones de Whitman y su compañerismo vehemente nos parecen lejanos, legendarios; los más acérrimos partidarios del susto vocean en balde derrumbamientos y apotheosis. ¿Hacia qué norte emproar la lírica?

El Ultraísmo es una de tantas respuestas a la interrogación anterior.

El Ultraísmo lo apadrinó inicialmente el gran prosista sevillano Rafael Cansinos Asséns y en sus albores no fue más que una voluntad ardentísima de realizar obras noveles e impares, una resolución de incesante sobrepujamiento. Así lo definió el mismo Cansinos; “El Ultraísmo es una voluntad caudalosa que rebasa todo límite escolástico. Es una orientación hacia continuas y reiteradas evoluciones, un propósito de perenne juventud literaria, una anticipada aceptación de todo módulo y de toda idea nuevos. Representa el compromiso de ir avanzando con el tiempo”.

Estas palabras fueron escritas en el otoño de 1918. Hoy, tras dos años de variadísimos experimentos líricos ejecutados por una treintena de poetas en las revistas españolas *Cervantes* y *Grecia* —capitaneada esta última por Isaac del Vando Villar— podemos precisar y limitar esa anchurosa y precavida declaración del maestro. Esquemmatizada, la presente actitud del Ultraísmo es resumible en los principios que siguen:

1° — Reducción de la lírica a su elemento primordial; la metáfora.

2° — Tachadura de las frases medianeras, los nexos, y los adjetivos inútiles.

3° — Abolición de los trebejos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada.

4° — Síntesis de dos o más imágenes en una, que, ensancha de ese modo su facultad de sugerencia.

Los poemas ultraicos constan pues de una serie de metáforas, cada una de las cuales tiene sugestividad propia y compendiza una visión inédita de

algún fragmento de la vida. La desemejanza raigal que existe entre la poesía vigente y la nuestra es la que sigue: En la primera, el hallazgo lírico se manifiesta, se agiganta y se desarrolla; en la segunda, se anota brevemente. ¡Y no creáis que tal procedimiento menoscabe la fuerza emocional! “Más obran quintas esencias que fárragos” dijo el autor del *Criticón* en sentencia que sería inmejorable abreviatura de la estética ultraísta.

La unidad del poema la da el tema común —intencional u objetivo— sobre el cual versan las imágenes definidoras de sus aspectos parciales.

Escuchad a Pedro Garfias:

Andar  
con polvo de horizontes en los ojos  
tendida la inquietud de la montaña  
y desgranar los siglos  
rosarios de cien cuentas  
sobre nuestra esperanza.

Y en estos otros:

#### ROSA MÍSTICA

Era ella  
Y nadie lo sabía  
Pero cuando pasaba  
Los árboles se arrodillaban  
Y en su cabellera  
Se trenzaban las letanías.  
Era ella,  
Era ella,  
Me desmayé en sus manos  
Como una hoja muerta.  
Sus manos ojivales  
Que daban de comer a las estrellas  
Por el aire volaban  
Romanzas sin sonido  
Y en su almohada de pasos  
Yo me quedé dormido.

*Gerardo Diego.*

#### VIAJE

Los astros son espuelas  
que hieren los ijares de la noche.

En la sombra, el camino claro  
es la estela que dejó el sol  
de velas desplegadas  
mi corazón como un albatros  
siguió el rumbo del sol.

*Guillermo Juan.*

#### PRIMAVERA

La última nieve sobre tus hombros  
¡Oh amada vestida de claro!  
El último arco-iris  
hecho abanico entre tus manos.

Mira:

El hombre que mueve el manubrio  
enseña a cantar a los pájaros nuevos  
La primavera es el poema  
de nuestro hermano el jardinero.

*Juan Las.*

#### EPITALAMIO

Puesto que puedes hablar  
no me digas lo que piensas  
tu corazón

envuelve  
tu carne.

Sobre tu cuerpo desnudo  
mi voz cosecha palabras.  
Te traigo de Oriente el Sol  
para tu anillo de Bodas.

En el lecho que espera  
una rosa se desangra.

*Heliodoro Puche.*

#### CASA VACIA

Toda la casa está llena de ausencia  
La telaraña del recuerdo  
pende de todos los techos.

En la urna de las vitrinas  
están presos los ruiseñores del silencio.

Hay preludios dormidos  
que esperan la hora del regreso.

El polvo de la sombra  
se pega a los vestidos de los muros.

En el reloj parado  
se suicidaron los minutos.

*Ernesto López-Parra.*

La lectura de estos poemas demuestra que sólo hay una conformidad tangencial entre el Ultraísmo y las demás banderías estéticas de vanguardia. La exasperada retórica y el bodrio dinamista de los poetas de Milán se hallan tan lejos de nosotros como el zumbido verbal, las enrevesadas series silábicas y el terco automatismo de los sonámbulos del Sturm o la prolija baraúnda de los unanimistas franceses...

Además de los nombres ya citados de poetas ultraístas, no hay que olvidar a J. Rivas Panedas, a Humberto Rivas, a Jacobo Sureda, a Juan Larrea, a César A. Comet, a Mauricio Bacarisse y a Eugenio Montes.

Entre los escritores que, enviándonos su adhesión, han colaborado en las publicaciones ultraístas, básteme aludir a Ramón Gómez de la Serna, a Ortega y Gasset, a Valle-Inclán, a Juan Ramón Jiménez, a Nicolás Beauvuin, a Gabriel Alomar, a Vicente Huidobro y a Maurice Claude. En el terreno de las revistas, la hoja decenal *Ultra* reemplaza actualmente a *Grecia* e irradia desde Madrid las normas ultraicas.

En Buenos Aires acaba de lanzarse *Prisma*, revista mural, fundada por E. González Lanuza, Guillermo Juan y el firmante. De real interés es también el sagaz estudio antológico publicado en el N° 23 de *Cosmópolis* por Guillermo de Torre, brioso polemista, poeta, y forjador de neologismos.

Un resumen final. La poesía lírica no ha hecho otra cosa hasta ahora que bambolearse entre la carencia de efectos auditivos o visuales, y el prurito de querer expresar la personalidad de su hacedor. El primero de ambos empeños atañe a la pintura o a la música, y el segundo se asienta en un error psicológico, ya que la personalidad, el yo, es sólo una ancha denominación colectiva que abarca la pluralidad de todos los estados de conciencia. Cualquier estado nuevo que se agregue a los otros llega a formar parte esencial del yo, y a expresarle; lo mismo lo "individual" que lo "ajeno". Cualquier aconteci-

miento, cualquier percepción, cualquier idea, nos expresa con igual virtud; vale decir, puede añadirse a nosotros... Superando esa inútil terquedad en fijar verbalmente un yo vagabundo que se transforma en cada instante, el Ultraísmo tiende a la meta primordial de toda poesía, esto es, a la transmutación de la realidad palpable del mundo en realidad interior y emocional.

Jorge Luis Borges

El manifiesto ultraísta fue publicado en el número 151 de la revista *Nosotros*, de diciembre de 1921. La Redacción de la revista hacía al pie la siguiente aclaración: “Con este artículo del muy joven escritor argentino Jorge Luis Borges, iniciamos una serie de estudios sobre las escuelas de vanguardia. Seguirá a éste una exposición sobre la pintura expresionista, que nos ha sido remitida por Herwarth Walden, uno de los directores del grupo *Sturm*, de Berlín, y que ilustraremos debidamente. Queremos con todo esto hacer conocer los principios estéticos de las nuevas escuelas literarias y artísticas. El solo hecho de exponer a todas —antagónicas entre sí, con frecuencia— prueba nuestra neutralidad en la batalla. ¿Será verdad que comenzamos a envejecer? El tiempo dirá si, en efecto, en este finalizar de 1921, somos incomprensivos los que no creemos mucho en la vitalidad y trascendencia de las nuevas escuelas.”

## MANIFIESTO

Si es lo común juzgar de la perfección de un estado por el aquietamiento, o la dosis de placer que procura, no queremos, nosotros, ese metro para evaluar la verdad de cada vida.

Si aquella suposición permite fundar esperanzas en la inmovilidad del sistema que nos rige, la nuestra, exige una subversión de valores y un deseo incesante e intrépido de dar al traste con todas nuestras satisfacciones, nuestra felicidad, nuestra paz y nuestra complicidad con la paz interior de los hartos.

Caducidad de las formas de la sociedad y de sus ideas, y de su expresión y más que nada, caducidad de sus sueños.

Mas, para la revolución política, vemos preparativos y sabemos de quienes se preparan abiertamente y quienes se arman a escondidas. Para la Revolución de los sueños no conocemos partidarios, ni oímos propagandistas.

Se habló, un tiempo, de Revolución en los espíritus, pero ésta se concebía como preparación teórica para idénticos fines políticos, es decir, prácticos. Nuestra iniciativa es esencialmente impráctica. Aboga también por la expropiación, pero ante todo, del sentido común, de la rutina y de la mezquindad en el pensar y en la ensoñación.

Paradójica expropiación que ha de enriquecer a sus víctimas libertándolas de exigencias convencionales y de las ataduras a palabras como Verdad, Belleza, y Razón, y otras mil parecidas.

Palabras y no cosas extraídas de sí mismo, porque, asimiladas a bienes materiales, se han ido heredando de padres y maestros presuntos, en lugar de extraerlas sangrantes del hervor de la espontaneidad. Ellas encadenaron al hombre a estimaciones ajenas, a los pliegues y elegancias de sus ropas, prohibiéndole contemplar su desnudez para amarla, fuese pictórica o miserable, como encarnación, sustentáculo de su vida y de su ira, excusa, por sí sola, de cualquier error; justificación suficiente del nacer; pagadora de la vida con la constancia y la eternidad de su rebeldía.

Llegar a esta sobreestimación del individuo, como parte sagrada de un todo y sólo en función de éste válida y realzada, que le permite la adquisición de una dignidad de Dios entre Dioses.

Democratización de los espíritus relegándose las dotes distintivas de los hombres a meros galones de un mundo convencional. Sentido profundo del colectivismo, que afirma esa suprema igualdad de los espíritus.

Conquista de tal situación exige la confiscación de la rutina sentimental y de su consonante emocional. Vomitar sobre los engendros y engendradores de estados poéticos, y sus frutas podridas, vaporizadas con el agua de colonia de la languidez sexual.

Es preciso advertir a gritos, a los poseedores de inmensos tesoros de cultura y fina sensibilidad, de la contingencia de su seguridad.

Que el espíritu en extrema desesperación por lo imposible, que es su verdadera finalidad, vive despierto hoy más en los gritos y ya no en los ayes

un despecho; si todo esto es verdad, si todo pasó como se dice, claro es que los que se postraron se han de ofender; los que fueron y vinieron se han de ofender; y los que á rio revuelto volvieron á tomar lo que habían renunciado se han de ofender pues los dichitos no saben a confitesá pero también es muy cierto que no se les quita el crédito; y la razón es porque ellos se lo quitaron á si mismos cuando hicieron pública su ambición, su bajeza, su embidia, el deseo de figurar á costa de la confusión pública; de modo que con sus indecencias, intrigas y locuras dieron licencia al pueblo libre para que ya que no los colocó como debiera en un patíbulo, a lo menos los ridiculiza, los tilde y los afrente para que los demás escarmienten y se evite el que á cada paso nos veamos vendidos y entregados por aquellos á quienes el pueblo honra no para que sean unos carafas, sino para que tengan honor, miedo y vergüenza de ser fijados en los periódicos, zumbados por la libertad de imprenta, y aun colocados en caricaturas como se hace en Londres.

Dios nos libre si las personas privadas se confundiesen con las acciones privadas; entonces ¿que fruto podíamos esperar de la libertad de imprenta? ¿ni como pudieran reformarse las costumbres públicas? Cada uno diría yo soy persona privada, y no se me puede tocar aunque sea un salteador y un usurpador de empleos renunciados.

Buenos-Ayres, 26 de febrero de 1821

Francisco de Paula Castañeda

## AZUL

### I

¡No se aflijan ustedes tan pronto!

De ese pie no cojea (por ahora) el autor de estas líneas.

Cuando salieron de moda los pintores impresio-

nistas, el azul me dio un susto tal, que me puse verde.

A Buenos Aires — como de costumbre — nos llegó lo peor del género, y, entre otros muchos, en una librería que hubo por el pasaje Roverano, se exhibieron dos cuadros que dejaban bizco a cuanto prójimo se les parara delante, como sucede con las obras maestras y las que se les parecen por aquello de que los extremos se tocan. Tengo a una de ellas presente ante mi vista, sin duda en castigo de las Agripinas y Mesalinas que me hicieron calumniar en el Colegio Nacional, bajo pretexto de enseñarme dibujo. Era una gruta, quizá la del manmuth, quizá alguna parienta cercana. La luz entraba por un boquete en la pared del fondo, azul como la tina de una lavandera pronta para la última manipulación y se espaciaba azul por los ámbitos de la caverna, se quebraba azul por las azules aguas de un lago subterráneo, chispeaba azul en las paredes azules, y fundía en azul todos los colores del iris, hasta los más antagónicos, sin admitir combinaciones ni cambios. Debe haber sido un magnífico cuadro, porque después he visto a su prole pululando por todos los remates de esta ciudad del martillo...

¡Y si no fuera más que eso!

Pero el hecho es que el tal cuadro tiene más miga que un pan criollo.

Después de simplificar la paleta viene a simplificar los procedimientos literarios.

Ha sido traducido al verso y a la prosa, como “Les dernières cartouches”, de De Neuville, que anda en poesías, en cuentos y en cuadros teatrales... ¡Lo bueno no perece!

Hay quien atribuye a Rubén Darío el “engouement” del azul. Es como si a Noé lo pusieran preso cada vez que un borracho promueve un escándalo en la vía pública; la misma consideración debe aplicarse al cuadro susodicho, que no tiene más culpa que la de haber existido.

Hay bases, pues, para un pleito reivindicatorio sobre la paternidad del azul en literatura, como que pudiera decirse que no es más que una adaptación a las letras del impresionismo en las artes gráficas.

### II

Esto de colores no es nuevo; lo que es nuevo es el color elegido, hablando de literatura, sobre todo.

Allá, por el año 30, primaron el negro y el rojo. La sangre roja, la sangre negra. El patíbulo negro sobre el fondo rojo del horizonte. La sangre negra, las rojas manos, las negras almas. El cielo rojo, la nube negra, el negro abismo... El negro y el rojo eran el "ora pro nobis" de todas las letanías literarias.

El blanco tuvo también su moda, en tiempo de "La dama blanca", del "Lirio en el Valle", de la "Graziella", de toda aquella pasta de almidón y azúcar, con que se hacían angelitos sostenidos en espirales de alambre: la blanca luna, la nube blanca, la tez de armiño, las manos de nieve, las albas vestiduras, la palidez marmórea...

El verde ha sido desdeñado hasta ahora, y en general nunca se lo usó sin mezcla, y eso para accesorios. Ya vendrá su época, para que nos divirtamos. Como que entre nosotros tiene el derecho de considerarse uno de los colores más literarios.

El amarillo obtuvo cierta demanda en plaza, en tiempos del negro y el rojo, pero como color secundario, tirando al rojo o al blanco, y suplantando a veces al anaranjado. Se le tiene en menos por migajería, para ocultar aficiones al vil metal sin duda.

El violeta se pudo dar tono en el trato de los impresionistas; pero compartía la moda con otras tintas no menos distinguidas.

Los colores neutros pertenecieron casi siempre a la literatura inglesa, suplantados a veces con éxito por el tornasol, pero volviendo a la primacía el sepia, la siena y el gris con mucha agua, como para lavados (naturalmente, exclusión hecha de algunos maestros).

El iris de tintorería es el que ha primado en nuestras letras criollas, como en las mantas santiagueñas; cada uno de nuestros libros fue generalmente un depósito de anilina, por la variedad... y por el peligro.

Me dicen que si en un disco de cartón se pintan segmentos iguales de todos los colores, y —previamente pinchado por el centro— se hace girar el disco con suma rapidez, se obtiene el blanco, desapareciendo los demás; eso, poco más o menos, es lo que nos ha pasado por acá.

A fuerza de tantos colorinches, nos hemos quedado en blanco, pero en blanco sucio, como ocurre

con el disco de cartón, según todos los experimentos que he visto.

### III

Pero... "sursum corda"!

Dentro de poco, ¡qué! hoy mismo tenemos color: el azul ha venido, el azul victorioso, el azul de las armonías, de las auras, el azul de los pavos trufados, el azul de los perfumes de *boudoir*, el azul de todo lo visible, tocable, oíble, gustable y oible. El azul de Rubén convertido en microcosmos, el azul panteísta, el azul Alejandro, el azul Napoleón, el azul potencia, el azul Dios.

Los muchachos se han bebido una tina de añil, y lo sudan por todos los poros.

Han oído decir que Darío es decadente, que el decadentismo es la última palabra de la moda, que nadie es "fin de siècle" sin rendir culto al ídolo de la decadencia... Y no han decaído porque no han podido, porque no, pues de ellos podría decirse lo que nuestro paisano del sombrero que andaba por los suelos: —Déjelo, que diáy no ha de pasar!

Pero en cambio se han hecho decadentes en toda la extensión de la palabra. ¿Imitando a Rubén Darío? ¡Quiá! La cosa es más sencilla y no hay para que andarse por las ramas. Un libro de Rubén se llama "Azul"... pues azulemos, y cátanos aquí decadentes hechos y derechos.

¿La sintaxis? Soy decadente. ¿La propiedad? Soy decadente. ¿El acierto? Soy decadente. ¿El buen gusto? Soy decadente...

Toman del diccionario las palabras más raras, las acoplan bien o mal, como Dios les da a entender, alrededor de... lo que salga: le ponen "Lied en prosa" (y hacen versos) sin saber lo que "Lied" significa (ni hay para qué) firman orondos, largan la cosa a la publicidad, que hará de eso su pasaporte para la inmortalidad más laureada, y descansan en paz.

Por lo común, tienen de dieciocho a veintidós años, se reúnen en pandilla, se leen sus obras, se tratan de poetas o de literatos, y esperan confiados en sí mismos, a que los viejos que "los tienen en menos" les hagan justicia y comprendan su alto mérito. Y no los tienen ni en menos ni en más, no señor; no los tienen, sencillamente, porque no hay por donde tenerlos todavía, sin riesgo de que suceda

lo de aquel refrán vulgarote y sanchesco de “quien con niños se acuesta...”

Uno de estos chicos —muchachos honrados e incapaces de hacer mal a nadie, a pesar de todo— afirmaba el otro día que Kile era decadente.

—¿Por qué —se le preguntó. —¿En qué se funda para asegurarlo?

—¿No ve Ud. este informe?

—Sí, señor; ¿y qué?

—Pues aquí repite la palabra azul por lo menos seis veces. Y eso, y ser decadente...

Tratábase de los productos del carbón de piedra...

Por fortuna se les pasará este “delirium tremens”, apenas tengan tiempo de leer algo, y vean que otros antes de ellos han utilizado, aunque en menor escala, el vocablo azul.

Pero lo que no pasará son sus *cosas* de ahora, porque les sucede como a una lavandera que tuve en tiempos de estudiante, la que, como lavaba mal, azulaba mucho, sin que por eso la ropa dejara de estar sucia.

Tomasito Buenafé

El 14 de abril de 1894 se publicó el N° 15 (Año II) de *La Nueva Revista*, siendo su director entonces Roberto J. Payró. El artículo que reproducimos pertenece a esa entrega y el nombre de su firmante, “Tomasito Buenafé”, fue uno de los seudónimos que utilizaba Payró en esos años. Como el lector podrá advertir, el tono de chanza y suave ironía va dirigido a los jóvenes rubenianos que, precisamente en ese período del fervor modernista, proclamaban su veneración al joven líder de una nueva sensibilidad. En 1893, un año antes, había llegado Darío a Buenos Aires (en junio de ese año salía a la luz *La Nueva Revista*, dirigida por José Ceppi o “Aníbal Latino” o “Cantaclaro” —sus seudónimos), rodeado del prestigio de su libro “Azul”, aparecido en 1888 y su presencia fue, realmente, una revolución. Payró, realista y prudente, trataba de amortiguar los desbordes de la baraunda parnasiana de los muy nuevos, aunque muchos años después ello no le impidió reconocer que: “En torno a Rubén Darío sólo quedaron los jóvenes (...) porque los jóvenes aún no estaban deformados en el corazón, en el cerebro, ni en el oído.”

A JORGE LUIS BORGES  
Y BRANDAN CARAFFA

Buenos Aires, agosto de 1925.

Mis queridos amigos:

Tengo motivos para suponer que esta carta los va a sorprender grandemente. Desde ya les pido que no rasguen Uds. sus ropas como los deudos del Antiguo Testamento, ni que “tiren contra el suelo” el gorro, exclamando en buen porteño: ¡Per la Madonna! Tampoco desearía que se entregaran a una desmedida alegría de jazz-band afro-americano, pateando sobre mi resolución.

Ahí va el tiro:

Renuncio a *Proa*.

¡Sí!

Renuncio a *Proa*, de proa a popa, con todo mi individuo puesto de acuerdo. Esto me ha venido desde hace un tiempo, tan irremediamente, que hoy estoy lleno hasta la pluma, por la cual me desinflat hacia Uds. Me voy cuerpo y bienes con la música a ninguna parte y no habrá quien me tape la boca para impedirme callar.

“El llanto, la alegría, son de hombre a hombre, no de hombre a desierto. ¡Y cuántas horas ante la tierra muda!”, ha dicho Ricardo Güiraldes en uno de sus hermosos *Poemas Solitarios* y yo tomo por mía esta declaración porque siento que la hubiera podido escribir y porque cuadra a mi vuelta al silencio al cual ya estaba tan poco acostumbrado.

Yo no sé si Uds. dudarán de mis malas intenciones, al mandarles esta renuncia, pero desearía no dudarán. Abrigo la secreta intención de que *Proa* se “vaya al bombo” con tanto denuedo como le sea posible, dado que sabe la salvación de todos sus tripulantes a quienes sobra la pequeña embarcación de su personalidad para proseguir navegando victoriosamente: “Mi barco es pequeño pero viaje en mi barco”.

¿Quieren que les explique por qué entré en la dirección de *Proa*?

¿No?

Entonces les explico.

Hasta el año pasado he existido salvo inevitables amistades que quiero, completamente solo como es-

critor y estaba ya acostumbrado a esa soledad, vertiéndola en poemas, (¿recuerdan el caballo que murió cuando se estaba acostumbrando a no comer?) cuando Oliverio me habló de una juventud literaria.

¿Juventud en este país joven? Indignado, le dije que no fuera tan imbécil como para tomarme a mí por otro. Me tiró por la cabeza un libro que traía en la mano. Su *Fervor de Buenos Aires* Jorge Luis, me convenció de entrada.

Conocí el “frente único”, las discusiones en el Richmond, los desplantes de unos, la modestia de otros, *Martín Fierro*, los epitafios que no invitan a morir porque morir era como retirarse imprudentemente de una reunión de solteronas.

Se iniciaba Sergio (Chicho). Raúl y Enrique González Tuñón tenían la cabeza llena de libros inéditos. Tallon ya prometía buenas por medio de su *Garganta del Sapo*. Evar evangelizaba a los jóvenes y les preparaba una “historia de los que todavía no son escritores”; Paco Luis llegaba de España muy castizamente, Oliverio gesticulaba membretes... irrumpían también los muchachos de Boedo apocalípticos, vomitadores de insultos gordos, de los cuales tal vez alguno surja fuertemente un día.

Los escritores jóvenes se daban el brazo y se felicitaban por sus ensayos, poemas o simplemente proyectos.

¿Posible? ¿Podrían existir escritores en este país, que no fueran cada uno un genio hirsuto y una anticipación de estatua?

No pensé más que en mi entusiasmo, y cuando inesperadamente el petiso Brandán Caraffa me propuso la fundación de una revista, que todavía no se llamaba *Proa*, en compañía de él, Rojas Paz y Jorge Luis, respondí: SI, con un calderón en la S.

Después pensé:

En seguida me reproché el haberme metido en una revista de la cual ignoraba hasta el nombre. ¡Qué inconciencia! ¡A la edad en que aquí todo el mundo cuida las pequeñas inflaciones de su vientre y de su posición! ¿Pero tenía yo una? Me consolé pensando que toda mamá —y a veces las hay mayores que yo—, hace lo mismo respecto al hijo, ignorando si será o no un sinvergüenza y no sabiendo aún si le pondrá Juan o Telémaco.

Pensé todo esto de golpe sin sacar de ello ninguna consecuencia.

Los hechos no daban tiempo a dudas. En cuatro

patadas (una por cabeza) largamos *Proa* a la calle, lo que tal vez fue equivocado, pues toda botadura tiene por destino el mar. Después hemos seguido tirándola a la calle: costumbre.

En la primer reunión sentí que debía decir algo inmortal y me ejecuté: “Entro —dije— en esta sociedad anónima que todavía no se llama, porque habiendo sufrido de la mala fe y del silencio de los calzonudos, quiero rehabilitarme haciendo por los jóvenes cuanto me sea posible”.

Ante esta noble declaración a Brandán, que es y seguirá siendo siempre muy chico, se le llenaron los ojos de lágrimas, a Jorge Luis se le empañaron los anteojos porque todavía es muy poeta, y a Pablo se le humedecieron las pupilas porque desde las selvas de Tucumán todavía es muy jugoso.

En verdad ese era todo mi programa sin contar algunas cartas sobre poetas franceses que ya tenía escritas y que deseaba colocar en cualquier parte.

Y bien, debo a la verdad del decir que éste se ha cumplido. En *Proa* han aparecido escritos que no tenían cabida en otra publicación. En *Proa* se ha hablado por primera vez en este país de algunos ases del pensamiento y la poesía del extranjero. En *Proa* se ha hecho literatura sin pretextos políticos. Eso era en el fondo lo que deseábamos como programa mínimo. Lo hemos llevado a cabo. Pero sucede que ni bien una idea desemboca en la vida en forma de existencia constatable, la vida tiene imperio sobre ella y le señala imposibilidades y posibilidades entre las que tendrá que buscarse el camino.

Al poco tiempo de fundada *Proa*, vi la posibilidad de encaminarla hacia un programa más máximo.

Entramos en cordial relación con poetas de otros países americanos. “No existe el río; no existe la Cordillera (no existen las altiplanicies ni los límites de país a país”. (Frase recogida en el bolsillo de uno de esos señores que preparan conflictos y cobran sueldos de paz, con mucho oro en las casacas y que deberían llamarse diplomáticos —honni soit—. El río, la Cordillera y la altiplanicie seguían en buen estado de presencia a pesar de la frase. Lo único que varió fue la actitud de los poetas jóvenes que, creyéndose aún en el colegio, empezaron a tirar hacia el canasto de *Proa* pelotillas de papel apelonadas sobre un verso o un ensayo.

Hacíamos americanismo y pongo americanismo con minúscula para distinguirlo del gritado Ameri-

canismo Oficial que tan benemérita se ocupa en juntar a todos los imbéciles de América.

Además de americanismo hicimos cenaculismo. Nuestra revista publicaba en todos los números una prosa de cada director. Afuera eso significaba que nos elegíamos a nosotros mismos de entre todas las colaboraciones. Adentro eso significaba que no recibiendo casi ninguna colaboración en prosa, nos obligábamos mutuamente en parturar sendos artículos. He aquí por qué aparecíamos como un grupo de tendencia hermética, cuando sólo nos preocupábamos de hacer el más sano de los ismos, y el único que por mi parte admito: buenismo, o mejorismo más bien, pues se trata en esta escuela, de hacer lo mejor posible.

Este aislamiento nuestro, resultó uno de los mejores chistes apuntados contra *Proa*. No sería mal para completarlo que acusáramos de misantropía a los presos que viven al margen de la sociedad y se encierran “lejos del mundanal ruido” en un hermetismo orgulloso de cerrojos, trancas y rejas.

Parece que nosotros no queríamos saber nada con nadie; nos trataban como sarnosos y nos acusaban de querer ser príncipes.

Pero todo eso va a pasar muy pronto, ¿no es cierto? Nos esperamos con demasiada impaciencia desde las hojas blancas del cuaderno que con el trabajo irá siendo nuestra próxima obra. Allí cada cual con su destino (¡oh palabrota!), y tomen profesores quienes quieran desasnarse.

Y no insistamos. ¿Qué puede hacer *Proa* en Buenos Aires sino lastimarse contra los adoquines? ¡Adiós Buenos Aires que te quedas sin *Proa*! De todos modos, si así no fuera, mi querido Jorge Luis y Brandán, insisto en mí categórica e imperativa renuncia.

Cuánto más amigos vamos a ser, cuando nos quitamos esta manea de co-directores.

Abrazo a la segunda potencia del que fue tercer potencia.

Ricardo Güiraldes

Esta carta de Güiraldes fue publicada en la revista “Capricornio”, N°8, noviembre-diciembre de 1954, siendo cedida como documento inédito para su publicación en esa revista por Horacio Jorge Becco.

## CARTA A GÜIRALDES Y A BRANDAN EN UNA MUERTE (YA RESUCITADA) DE *PROA*

(*Proa*, año segundo, núm. 15, pág. 26)

Brandán, Ricardo: Voy a orejear un aniversario teológico. Lejos, aún más lejos, quince cuabras después del lejos, por escampados y terceros y pasos a nivel, nos arrearán hasta un campito al que miren grandes gasómetros (que harán oficio de tambores) y almacenes rosados, cuya pinta será la de los Angeles que se desmoronarán desde el cielo, acudiendo a pie y a caballo de sus diversas comisarías. Eso será el Juicio Final. Todo bicho viviente será purificado y ensalzado y se verá que no hay ningún Infierno, pero sí muchos Cielos. En uno de ellos (uno que daba a Buenos Aires y que mi novia tuvo en los ojos) nos encontraremos reunidos y empezará una suelta tertulia, una inmortal conversación sin brindis ni apuros, donde se tutearán los corazones y en el que cada cual se oirá vivir en millares de otras conciencias, todas de buena voluntad y alegrísimas. Poco nos dice la patristica sobre esa aparcería del fin del mundo, pero yo pienso que el adelantarnos a ella, que el madrugarlo a Dios, es nuestro jubiloso deber. No sé de intentona mejor que la realizada por *Proa*.

¡Qué lindas tenidas las nuestras! Güiraldes: Por el boquete de su austera guitarra, por ese negro rondelito o ventana que da de juro a San Antonio de Areco, habla muy bien de la lejanía. Brandán parece patrón, pero es que siempre está parado en la otra punta de un verso, de un largo verso suyo que antes de arrebatarlos a todos, se lo ha llevado a él. Macedonio, detrás de un cigarrillo y en tren afable de semidiós acriollado, sabe inventar entre dos *amargos* un mundo y desinflarlo enseguidita; Rojas Paz y Bernárdez y Marechal casi le prenden fuego a la mesa a fuerza de metáforas; Ipuche habla en voz honda y es una mezcla de mano santa y de chasque y trae secretos urgentísimos de los ceibales del Uruguay. Ramón, el Reciénquedado y Siemprevenido tiene también su puesto y hay una barra de admirables chilenos que han atorrado con fervor por unos campos medanosos y últimos y húmedos que a ve-

alimenta la voracidad inescrupulosa de empresas comerciales creadas con el objeto de satisfacer los bajos gustos de un público semianalfabeto; conocemos glorias de novela semanal, genios al uso de las modistas y publicaciones que por sus títulos —“Novela Realista”, “Novela Humana”— parecen contener un alimento adecuado al paladar de nuestro crítico... (Y a propósito: recordamos haber visto en ellas los nombres de algunos redactores de *La Extrema Izquierda*). Cuando por curiosidad ha caído en nuestras manos una de esas ediciones, nos hemos encontrado con la consabida anécdota de conventillo, ya clásica, relatada en una jerga abominablemente ramplona, plagada de italianismos, cosa que provocaba en nosotros más risa que indignación pues la existencia de tales engendros se justifica de sobra por el público a que están destinados: no hay que echar margaritas a puercos. Nunca imaginamos que pudieran aspirar sus autores a la consagración literaria. La reclaman, sin embargo, por boca del señor Mariani, quien llega a afirmar seriamente que ese grupo de fabricantes de novelas entronca mejor que nosotros con la tradición argentina encarnada en el poema de Hernández... ¿Será posible? Por nuestra parte, sólo les encontraríamos filiación, por lo que al lenguaje se refiere, en el Martín Fierro de Folco Testena (Que el señor Mariani nos perdone el chiste fácil...). En los últimos tiempos hemos visto que han elegido como patrono, regalándolo con burdo incienso, a Manuel Gálvez, novelista de éxito, lo que confirma nuestra opinión sobre los fines exclusivamente comerciales de los famosos realistas italocriollos (v. el libro “Manuel Gálvez, ensayo sobre su obra”, por N. Olivari y L. Stanchina).

El señor Mariani acierta en un solo punto y nos complacemos en confesarlo. Y es cuando dice que MARTIN FIERRO no tiene nada que ver con el grupo de su predilección... Hay, en efecto, diferencias insalvables. Nuestra redacción está compuesta por jóvenes con verdadera y honrada vocación artística, ajenos por completo a cualquier afán de lucro que pueda desviarlos de su camino. Todos tenemos una sensibilidad lo suficiente refinada como para responder a las sugerencias del momento y comprender y amar a escritores como Paul Morand y Ramón Gómez de la Serna y otros a quienes nuestro crítico moteja de “mediocres brillantes”, confundiéndonos en un solo gesto de olímpico desdén. Todos respeta-

mos nuestro arte y no consentiríamos nunca en hacer de él un instrumento de propaganda. Todos somos argentinos sin esfuerzo, porque no tenemos que disimular ninguna “pronunzia” exótica...

¿Que “empiecen las voces”? Si ya han empezado y hace tiempo que suenan. Pero se requiere oído para percibirlos y la incompreensión es tapón de cera. No hay que ser como el campesino ignorante que sólo atiende al graznido de sus gansos y al cacareo de sus gallinas...

Buenos Aires, septiembre 6 de 1924.

(¿Evar Méndez?)

## IZQUIERDA Y VANGUARIA LITERARIA

(*Los Pensadores*, núm. 115, pág. 5)

No es un secreto para nadie decir que la literatura tiene su política. Precisar el ámbito que ocupa y filiar exactamente su índole, es cosa aparte. Nótese si no con qué frecuencia se habla hoy de “literatos profesionales” en el libro y la crónica diaria. Literato profesional, es decir, hombre de letras que vive de su solo ejercicio, convirtiendo a aquéllas en instrumento práctico o “modus vivendi”. Ciertamente es también que este calificativo no honra mucho a quien se le aplica. La política de referencia tiene su origen en que todos los plumíferos tienden lógicamente a prevalecer, sin discernir rangos; a allegarse las mejores prebendas sin más títulos, a menudo, que su premiosa ambición. Sorprenderá tal vez esta concupiscencia en quienes, según el vulgo, viven en el limbo, siendo los más porfiados platónicos. Lejos de ese candor, la rivalidad entre la numerosa grey literaria sube de punto hasta hacerse visible. Mediante la política, tal antagonismo pierde su violencia o se atenúa al menos. Triunfa el más amable, el más dúctil a las circunstancias, el que dispone de más recursos diplomáticos. Los que ignoran ese arte, hoy consagrado, no oirán sino tardíamente la palabra de estímulo, cuyo precio es con harta frecuen-

cia la adulación. Las redacciones de las pocas revistas que pagan, el lujoso despacho del “dilettante” que influye, la inevitable oficina pública donde trabaja un “miembro del jurado”, son puestos de feria para efectuar a veces pingües transacciones...

Entre esta turba de literatoides, forma cantón aparte un grupo exiguo de escritores conscientes. Como la estrecha solidaridad que los une no es de mesa de café, cenáculo ni encuentro fortuito, sino que está basada en la firme convicción de cada uno, constituyen una fuerza eficiente. Y a pesar de todo, del inaccesible director de revista, del editor que teme arriesgarse, y del propio miembro del jurado, clásicamente comprometido, ese grupo se coloca en primera línea. La izquierda literaria es, pues, un bloque orgánico con dirección fija, lo cual no es sectarismo como infieren los “otros”. Dentro de su tendencia, la personalidad de cada escritor tiene ancho margen para traducirse sin restricción ni traba alguna. El lazo más importante que los une consolida esta independencia espiritual. Síguese de aquí que no es la izquierda literaria un movimiento surgido en torno a uno o varios nombres que gozan hoy de algún prestigio, v. gr., el “caso Ramón”. Castelnuovo, Yunque y Mariani, aunque en diversos planos, confluyen en virtud del fondo que anima su obra y no porque se lo hayan propuesto a priori. Entre ellos y los demás que forman ese núcleo, media una común concepción del arte, técnicamente moderna, pero concreta, esto es, humana. La poesía, el cuento y la novela así entendidos, interpretando siempre al hombre en su vida espiritual, múltiple y compleja, no se adaptan al gusto de un pequeño círculo, sino que cumplen la suma finalidad del arte: ser asequibles a todos. No importa que escape a muchos el lado formal, el procedimiento que sigue el narrador, hábil para infundir vivo interés dramático; los recursos del buen novelista o la virtud suprema del poeta que acuña su emoción en sugerente ritmo y bellas imágenes: aspecto al cual se le rinde hoy exagerado culto. El menos sagaz, siquiera en un punto tiene que identificarse, hacerse eco al fin de la simpatía humana que oculta toda obra de arte. Gracias a ella verá más claro en su espíritu, la prolija disección hecha por el genuino psicólogo en un relato novelesco, le revelará el fondo de sus propias sensaciones y notará de súbito desplazarse su conciencia, henchida de inefable goce,

merced al sentimiento poético. Por más búsquedas que se lleven a cabo para hallar nuevos temas, el examen introspectivo será siempre el centro de atracción. Remota ya la crisis positivista cuyo ciclo más difícil marca la novela experimental, los esfuerzos más tenaces únense en un rumbo: percibir sutilmente las potencias del alma, sorprender ese maravilloso laboratorio en plena función. La faz social que trae aparejada esta literatura no es sino su corolario lógico. El hombre lucha, sufre, persevera, se abate o logra el triunfo, entre obstáculos sin cuento, propios de la sociedad en que vive. Los dioses que antes descargaban inexorablemente su ira, según versiones que nos quedan de Sófocles y Esquilo, no se inmiscuyen más en cosas terrenas. En nuestros tiempos, los hombres mismos se encargan de reemplazarlos, haciendo a su vez de jueces. Y en elogio de su imitación impecable, justo es decir que si la voluntad divina era sañuda, la que éstos despliegan no le va en zaga. Ciertamente, están poseionados del papel. Mejor que el Padre Zeus, cualquier hijo de vecino pone a contribución todas sus luces, para destruir la efímera dicha de su prójimo, mediante un sistema inédito de tortura. Si asume principal importancia apurar cuanto es posible el análisis psicológico, poniendo de relieve el tumultuoso flujo de sensaciones, es imprescindible asimismo hacer alusión al medio, cuya influencia es directa. Ese alcance o proyección social debe aparecer en la obra, sabiamente fundido, si el novelista quiere hacernos convivir con sus personajes. Esto por lo que toca al género novelesco en especial. Por extensión, la izquierda literaria comprende fundamentalmente esa parte social, pues habiendo surgido del pueblo, debe recoger por fuerza sus inquietudes. No se crea que esa aserción restringe en modo alguno la libertad que el arte reclama; por el contrario, aumenta el número de sugerencias fecundas.

En cuanto a la “vanguardia” literaria no hay mucho que decir, no precisamente porque sus teóricos agotaran el tema, sino porque reviste escaso interés. Travesura aparte, no queda más que la intención y algunas imágenes logradas. El resto son puros ademanes sin resolverse aún. Su fórmula podría enunciarse así: comecón por lo pintoresco y un desarrollado sentido de la “fumisterie”. Como ocurre con los negocios de barrio, abrieron su tienda para competir valiéndose de recursos cuya ineficacia

está a la vista. Porque es preciso advertir que su total desmembramiento no tardará en consumarse. Algunos que llevados por su curiosidad acudieron al primer instante, hoy deploran su empacho intelectualista. Otros, presas de indecisión, temen que sea muy visible el contraste y siguen en “fauves”, pero exentos de su antiguo afán iconoclasta, como gallos de riña desprovistos de púas. Finalmente, hay quienes encienden una vela a Jean Cocteau y otra a Rubén Darío, culto dúplice y ambiguo...

Bien está que las nuevas formas poéticas se cultiven aquí y se perfeccionen, si cabe. La amplitud de criterio es siempre digna de encomio y sería a todas luces injusto rechazar en bloque esa tendencia, tomando a algunos adeptos por índice. Lo que traduce el buen humor que los guía, es la proyección enorme que a su juicio tiene esa corriente. Sin embargo nada más unilateral que el arte de “vanguardia”, hermético por excelencia. Faltos de grandes perspectivas, sus cultores cuentan sólo con una reducida serie de combinaciones y al igual de ciertas plantas de invernadero, se amustian al aire libre. Un creacionista no distingue el campo auténtico del paisaje que finge un telón de fondo. Su clima original es la ciudad cuyo horizonte son los grupos de casas más altas.

Izquierda y vanguardia no son conceptos opuestos que equivalgan en importancia. Aquél resume una actitud de espíritu, integral y orgánica. El fermento no conformista típico de la izquierda prueba su incesante evolución, su vital desarrollo. El artista que lleva adentro esa inquietud, siente zumbiar la vida en todas sus formas, invadir sus sentidos por todo lo que palpita cerca de él. No ve el mundo como un espectáculo que distrae a veces, sino que escruta el vértigo de pasiones que sacude intensamente la conciencia. El sentimiento popular tiene su expresión más honda en la izquierda literaria. Los que forman la llamada “vanguardia”, ven mundanamente la vida a través de un monóculo, y es claro que así la versión que luego nos ofrecen peca de convencional y hasta arbitraria. Su único afán consiste en aprehender lo frívolo, la pompa de jabón que dura un instante, lo que flota en la superficie. Su sensibilidad tan decantada, carece de volumen; posee una sola faz. En cambio de una obra, síntesis de su nueva creación estética, el núcleo vanguardista da a luz, unos tras otros, recetarios y abun-

dantes exposiciones teóricas: sin duda es toda su originalidad...

No hay, pues, paralelo posible entre la izquierda y la vanguardia. Aquélla es una aspiración universal, amplia, más allá de toda retórica; ésta, fuera del nombre, es un entretenimiento. Y el nombre les va holgado. ¿Vanguardia? Verdad que allí milita la legión de poetas “imaginíficos”...

Buenos Aires, noviembre de 1925.

Luis Emilio Soto

## DISCURSO SOBRE JORGE LUIS BORGES

He seguido la carrera de Jorge Luis Borges con toda atención. Con demasiada atención tal vez —dirá algún lector de mi poema “Calle final”.

Para mí Borges tiene un solo defecto, un defecto que se estila alabar mucho en nuestros tiempos: exceso de personalidad.

Se ha tratado de inventarle otras fallas. Se le declara antihumano. Porque la palabra “humano”, insignificante ya por el mal uso, está de moda. También oscuro, porque a veces se ocupa de asuntos que no todos entienden, pero que se pueden entender dedicándose a ellos.

Frente a los libros de Borges se puede levantar una resistencia ciega, una especie de no tenerle fe, algo que no se discute. Pero discutiendo libremente la obra de Borges, nada podemos encontrarle de reprochable, aunque, personalmente no nos resulte satisfactoria.

A mí sí me resulta plenamente satisfactoria. Si lo que tengo de distinto a él no fuera como lo creo, más importante que nuestras identidades, lo hubiera seguido, como lo seguí en mi primer libro “Conmemoraciones”. Hasta que me di cuenta de que influía en mí en lo menos importante que tiene: en su personalidad.

La prueba de que su obra es importante aunque no podamos decir en cuatro líneas en qué reside su importancia, es que ha sido objeto de discusiones,

## IMPORTANCIA DEL TRABAJO INTELLECTUAL

(Fragmentos)

(*La Moda*, núm. 19, pág. 6; y núm. 20, pág. 1)

El desprecio por el trabajo intelectual es la preocupación que en este siglo degrada más a una sociedad; porque es una señal infalible de su ignorancia y de su atraso. La nuestra merece a este respecto una crítica severa, porque es justa. Los trabajos intelectuales están generalmente considerados como inferiores a las profesiones inmediatamente lucrativas; y en la *opinión vulgar* estudiar, es así como pasar el tiempo sin trabajar; para nosotros con semejante opinión o preocupación, no solo se desconoce, sino que se desprecia y desacredita la fuente de todo progreso y de toda prosperidad.

Ninguna profesión industrial o mercantil puede progresar donde no progrese la ilustración y la inteligencia. Y así como esta es la parte principal del hombre, la que lo hace apto para todos sus trabajos, así también son los trabajos intelectuales los que determinan y dirigen todos los otros movimientos y trabajos con que una sociedad progresa y desarrolla. Estos trabajos son el *entendimiento social*, mientras que las profesiones industriales o mercantiles, son como los brazos o los otros órganos físicos, por decirlo así, que aplican y realizan lo que aquel inventa o comprende; si aquel se paraliza, todos los miembros que no viven sino por él, se paralizan también: donde aquel concibe, y vive en actividad, todo vive y todo se mueve.

Sin duda que entre nosotros son más los individuos que se dedican a tareas y profesiones industriales o mercantiles que los que se dedican a tareas o profesiones intelectuales, y es muy útil que así sea; pero lo que no es útil, y sí sumamente perjudicial es que vayan a esos trabajos sin ninguna educación literaria, sin ninguno de los principios científicos aun de la misma profesión que abrazan; y lo es mucho más que después de estar en ellos, desprecien toda lectura filosófica y todo libro serio como ajenos de su vida y de su rol; y que pierdan su tiempo de ocio leyendo, si lo hacen, novelas inmorales, vacías o ridículas —como el Hijo del Carnaval, la Abadesa, el Solitario, el Renegado, y tanta

otra que, como estas, no sirven sino para extraviar la razón y el gusto, y por hacerlos incapaces hasta de leer dos páginas seguidas, no solo de un libro serio y útil, sino también de un buen romance; de un romance como los de Walter Scott, los de Víctor Hugo, Vigny, Sainte-Beuve y demás romancistas de genio.

Así pues no se entienda que queremos que todo el mundo se dedique a las letras o a las ciencias, y que se abandone toda profesión mercantil o industrial: esta sería una opinión monstruosa que no se podría ni aun concebir en un siglo, que como este lleva por emblemas en su bandera de paz la *inteligencia* y la *industria*; y mucho menos, desde que nuestra profesión de fé es no alzar jamás una mano impía sobre esta bandera y sus emblemas. Lo que queremos, porque debemos querer, es que todos preparen su inteligencia, que todos ilustren su razón, cualquiera que sea la profesión que hubieren de abrazar, que los unos estén prontos para aprender y los otros para enseñar; la tierra, es verdad que no produce sin que la siembren, pero antes de sembrarla es necesario prepararla, arándola: de otro modo no fructifica la semilla.

El cuerpo social presenta en grande la misma organización del cuerpo físico, *inteligencia, voluntad y órganos*. La inteligencia social está en las ciencias y sus trabajos; la voluntad en los Gobiernos; y la industria, el comercio y las artes no son otra cosa que los miembros o los órganos de este cuerpo. En esto no hay paradoja alguna. Una sociedad no es una reunión fortuita de individuos, es un cuerpo organizado bajo una misma ley y con unas mismas tendencias. Y como las partes que la constituyen son precisamente hombres, no hay en ella más o menos elementos que los que hay en cada hombre: *razón, voluntad, órganos*.

Solo la ignorancia de unas verdades tan evidentes como estas ha podido alimentar ese desdén por el trabajo intelectual, que vemos hasta hoy tan de moda en nuestro país...

Buenos-Ayres, marzo 24 y marzo 31 de 1838

(Vicente López y Planes)

los otros no saben en que día están: creen estar en el día primero de Mayo de 1897.

Leopoldo Lugones

Fecha en el “15 Brumario del Año XXVI de la Comuna” (Año I, N° 3, Buenos Aires, 1° de mayo de 1897), *La Montaña, periódico socialista revolucionario*, dirigido por José Ingenieros y Leopoldo Lugones, publica este artículo de portada firmado por Lugones. Para el lector habituado a las originales composiciones poéticas de “Los crepúsculos del Jardín” o a la prosa de “La Guerra Gaucha”, o de “Los Romances del Río Seco”, en cuyos acentos el genial cordobés revolucionó la poética argentina y cuya influencia avasalladora habría de teñir —combatido o no— el tono de todo quehacer poético posterior, ofrecemos esta faz de su etapa anarquista en los años finales del siglo XIX. Pasión literaria, generosa y vindicativa en su lucha por los humildes y los desclasados, junto a Ingenieros, está ya el Lugones que excede y excederá siempre el cauce que debiera contenerlo, sin condicionarlo.

## LAS CIENCIAS OCULTAS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Por el Señor Roberto Godofredo Arlt

*A mis amigos  
Juan Costantini y Juan Carlos Guido Spano  
Afectuosamente*

### INTRODUCCIÓN

¿Cómo he conocido un centro de estudios de ocultismo? Lo recuerdo. Entre los múltiples momentos críticos que he pasado, el más amargo fue encontrarme a los 16 años sin hogar.

Había motivado tal aventura, la influencia literaria de Baudelaire y Verlaine, Carrère y Murger.

Principalmente Baudelaire, las poesías y bibliografía de aquel gran doloroso poeta me había alucinado al punto, que puedo decir, era mi padre es-

piritual, mi socrático demonio, que recitaba continuamente a mis oídos, las desoladoras estrofas de sus “Flores del Mal”.

Y receptivo a la áspera tristeza de aquel período que llamaría leopardiano, me dije: vámonos. Encontremos como De Quincey la piadosa y joven vagabunda, que estreche contra su seno impuro, nuestra extraviada cabeza, seamos los místicos caballeros de la gran Flor Azul de Novalis.

Abreviemos. Describir los pasajes de un intervalo hartamente penoso y desilusionador no pertenece a la índole de este tema, mas sí puedo decir, que descorazonado, hambriento y desencantado, sin saber a quién recurrir porque mi joven orgullo me lo impedía, llené la plaza de vendedor, en casa de un comerciante en libros viejos.

Pues bien, una mañana que reflexionaba tristemente en el dudoso avenir penetró en aquel antro, en busca de una Historia de las Matemáticas, un joven, de extraña presencia. Palidísimo, casi mate, los ojos hundidos en las órbitas, todo de una textura delicada y profunda, rodeado por decirlo así, de un aura tan vasta y espiritual que inmediatamente me inspiró simpatía su criolla belleza.

Tratamos de encontrar tal obra, y en el curso de nuestras investigaciones por los polvorientos estantes, trabamos conversación.

Le observaba. Al hablar lo hacía con especial cuidado, modulando las palabras con sugestiva eufonía, que prestaba a sus pensamientos precisas tonalidades, que me subyugaban con su timbre sonoro y convincente.

Volvimos a encontrarnos otras veces en aquel lugar, y no sé si inconscientemente o de un modo premeditado por él, nuestros diálogos versaron acerca de ocultismo y teosofía.

De estas ciencias poseía vastos conocimientos, a los cuales su fe les dotaba de tan severa apariencia, que no se podía menos de creerle y respetarle.

Cuando desenvolvía esas tesis extrañas y oscuras, descubría en el fulgor de sus negras pupilas, no sé qué misteriosos arcanos seductores.

Me ofreció su casa y lo visité. Me hizo conocer su biblioteca compuesta de libros de magia, alquimia, teosofía, etc., relatándome en el curso de esas entrevistas, maravillas alucinantes, que me conducían hacia el ayer, desdoblado sucesivamente la atracción de los misterios ocultos a los ojos profanos en

los hipogeos brahamánicos, explicándome la función del espíritu y de los cuerpos astrales<sup>1</sup> que rodean al igual de un imán su fluido, nuestro cuerpo.

Era sabio y yo le escuchaba tembloroso de admiración.

Su terminología a veces me era incomprendible por un gran empleo de expresiones sánscritas, mas luego me explicaba la función de ese tecnicismo, que a su vez, encerraba sonidos de psíquicos efectos.

A veces, en la soledad de los parques, este Villiers de l'Isle Adam, relatábame el poder infinito de que disponen los faquires y yoguis, la milenaria existencia de algunos "sauyasi" que habitan en las selvas que limitan el Bramaputra, y las vastas Logias Blancas y lamerías que moran en las cumbres del Tibet, y que están en perpetua lucha con los Magos Negros, "los Señores de la faz tenebrosa" vampiros voluntarios del principio del Mal.

Luego me descubría que por el poder de los Sutras de Patanjali, de los Hatha y Raja Yoga, se favorecen los desarrollos, de nuestras más inefables cualidades, sensibilizándose los órganos, etéreos, cuyas formas de flores de loto, destruyen nuestro egoísmo o sensualidad. Por medio de esos poderes se era clarovidente al igual de Swendemborg, se escuchaban las misteriosas voces de los planos, de los caos más distantes, como Hermes Trimegisto, o Isaías, se recorría el velo de Isis, se desenmascaraba la Esfinge y se penetraba en la Suprema Razón, en el espacio de las N dimensiones.

Se era casi un teurgo, a semejanza de Simón el Mago, Jamblico o Apolonio de Tyana.

A voluntad se podía trasladarse por los espacios en el Kamarupa y visitar las lejanas regiones astrales.

Y lo que me relató, después lo encontró duplicado en las obras de Blavatski, Bessant, Leadbater, Sinnet, Olcott, etc.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Según los teósofos, la constitución del hombre es septenaria, esto es, está compuesta de un cuaternario mortal que es: Sthula Sarira (cuerpo físico). Linga Saria (cuerpo astral). Prana (vida). Kama (deseos). La tríada inmortal se compone de Manas (pensador), Manas superior, y Atma-Buddhi (espíritu).

<sup>2</sup> La biblioteca de la S. T. posee todas las obras de ocultismo citadas en esta relación.

Sin embargo, en el curso de nuestras relaciones, era triste, circunspecto y pensativo.

No creo que influyera en él su situación presente de marqués arruinado, mas su estado humilde exageraba el aspecto de hiperestésico extenuado que ofrecía, como si sobre él pesaran agobiadores atavismos que se me contagiaron insensiblemente.

Un misántropo que hubiera meditado un siglo al margen de Kempis, o de I Sepolcri, de Pascoli, no se espiritualizará como ese idealista de la Shodana.

Sufría momentos de dolorosa perplejidad, de indecisiones que interrogaban en las desencajadas flores de sus pupilas, que repercutían desesperadamente en todo lo que nos rodeaba, para después de unos prolongados silencios tácitos, apartarnos sintiendo que nos alejaba el espíritu de Abaris.

Yo creía, pero él debió intuir que el discípulo sería infiel al maestro."

El texto que se publica es sólo un fragmento de esta extraña narración de Arlt, prácticamente desconocida por el lector de hoy. Se publicó íntegra en el número 63 de *Tribuna Libre* (publicación bimensual de temas sociológicos y literarios), el miércoles 28 de enero de 1920. No aparece citada en ninguna bibliografía del autor y, que sepamos, tampoco ha sido incluida en antologías o recopilaciones de sus obras. Es presumible que este trabajo fuera concebido en el mismo período en que Arlt escribió el primer capítulo de su primer libro, "El juguete rabioso" —aparecido en 1926—, ya que según el mismo autor comenzó a escribir esa novela en 1919. Si bien es lamentable no ofrecer en su totalidad esta rara y abstracta relación del autor de "Los siete locos", por obvias razones de espacio, se la presenta como una curiosidad bibliográfica, remitiendo al lector interesado en completar su lectura al ejemplar de la citada revista.

## LEOPOLDO LUGONES

Don Leopoldo Lugones ha dado recientemente tres conferencias, haciendo profesión de fe en ellas de una ideología similar a la de Benito Mussolini, el gran histrión de la actual política italiana.

Antes de que nuestro poeta asumiera esa actitud,